

SIN CARIDAD

Después de buen golpe de cartas, rectificaciones, réplicas y réplicas, parece definitivamente convenido, si no hay contrarorden, que en el suceso de la calle de Embajadores todos cumplieron con su deber. La parturienta que dio a luz con toda fe y fealdad «sobre las losas de la calle de Embajadores», el portero que contestó «que fueran por la calle de Mesón de Paredes», el sereno que no prestó auxilio porque se lo «impidieron las obligaciones de su cargo» y el director, que una vez instalada en el establecimiento de la calle de Mesón de Paredes, prestó «completa asistencia» a la infeliz.

El hecho es, sin embargo, que a las once y cuarto de la noche del lunes, llegaron tres mujeres a la puerta de la Inclusa reclamando auxilio para una de ellas, que se perdió el tiempo en *hiquis miquis*, que se dio ante el «benéfico establecimiento un escándalo de órdago», y que cuando por fin la parturienta pudo entrar en el recinto fortificado con reglamentos, mil veces más inexpugnables por lo visto que todos los fosos, escarpas, contra-escarpas y demás maravillas de la castrametación, ya había dado a luz y no necesitaba por tanto los auxilios del sereno, los del portero, ni los del mismísimo director, que tan a destiempo pronunció el fantástico: «¡Sésamo, ábrelte!», que había de franquear el paso hacia el edificio encantado.

Ante tales cosas parece lógico abominar, como primera providencia, de la caridad oficial y de la beneficencia reglamentada; y ya que los encargados de aplicar los reglamentos hurtan al castigo, cerrar contra los reglamentos mismos y pedir que cada casa benéfica sea una especie de puerto de arrebata capas, abierto a todos los aires y en el que cada cual pueda penetrar cuando le venga en gana ó cuando le aprietan mucho los dolores.

Es claro que a un sereno «de comercio y vecindad», cuya misión es en definitiva abrir y cerrar puertas mediante un módico estipendio, y cuando más velar por los que duermen, no puede exigírsele que sea tocólogo por añadidura y sin más amolumentos que los otorgados por la bondad de los vecinos; pero es igualmente claro que de un hombre, sereno ó no, puede esperarse la caridad necesaria para decir a una pobre mujer doliente y angustiada cual camino debe de seguir para encontrar alivio a sus males.

Es claro también que un portero, si para algo sirve y por algo cobra, es para y por no dejar entrar en la casa donde ejerce su importante ministerio a quien no tenga perfectísima razón para hacerlo; pero es no menos claro que un portero, en no siendo sordo como tabique de hospital, debe contestar la primera vez que llaman a su puerta y no hacer el sueco, dejar que el tiempo pase y decir tarde y con daño lo que pudo decir pronto y con ventaja.

Es claro también que un director es algo supremo, puesto por cima de todos los dirigidos que a sus soberanas órdenes han de someterse; pero, ¿por qué no ha de serlo también que si el director falta debe ser sustituido por el subdirector, por el sota subdirector, por el vice sota subdirector, ó por un diablo colorado, con tal de que los establecimientos tengan en todo instante quien los gobierne y rijan?

Este caso de la parturienta abandonada no es nuevo: periódicamente se repite el suceso del infeliz que llama a la puerta del Asilo inútilmente, y periódicamente se hacen los mismos comentarios, inútilmente también. ¿No sería mejor buscar un modo de evitar tales cosas para no tener luego que exponerse a un ataque de bilis cuando ocurren?

Esos sucesos, como tantos otros, no son sino síntomas de una desorganización social, a la que hemos llegado por exceso de reglamentos, disposiciones de régimen interior y demás zarandajas organizadoras. Tanto y tan bien hemos querido organizarlo todo, que sin una Ariadna con un par de ovillos no habrá modo de que salgamos del laberinto.

No es fácil, en efecto, conocer de golpe y porrazo todos los intrincados mecanismos de la máquina benéfica que para bien nuestro han montado los organismos directores; pero sí quien ha de conocerlos es una criada de servir, analfabeta probablemente, y que además, por tener de común con las arteras damas venecianas de Shakespeare lo de preocuparse más de ocultar la falta que de cometerla, tiene muchas cosas en qué pensar, lo difícil se hace imposible y no es lo raro que la desventurada parturienta acada, sin dolores, a la Inclusa, que al cabo, si no es la Maternidad cerca le anda, sino que no se casa de la ocurriera ir a dar a luz al ministerio de Estado ó al Consejo de Estado que, en suma, algo parecen tener que ver con el estado interesante.

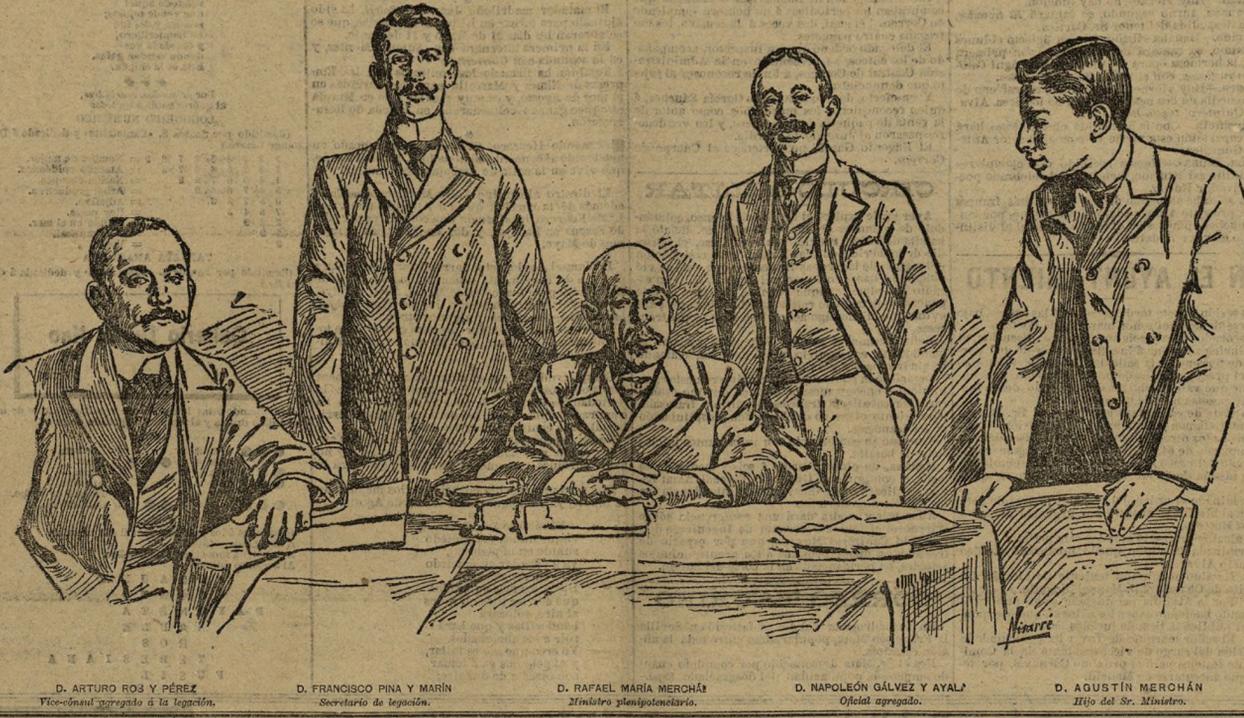
Sin profundizar mucho en la psicología de esa infeliz, se ve pronto que ha vivido durante los últimos meses obsesionada por el propósito de ocultar su embarazo. Sin duda que a nadie habló de él, y sin duda que no la quedó en el cerebro, ocupado todo por aquella idea pertinaz, espacio para colocar otra: la de que la Casa de Maternidad, el Hospital Clínico y el Hospital Provincial, y aun la casa del Pecho Mortal, brindaban asilo más fácil, cómodo y discreto que la casa de una amiga pobre, por caritativa que ella fuese.

No siendo así, el día mismo en que se despidió de sus amos hubiera hecho lo que tan a deshora le aconsejaron, y entonces es fácil que hubiera tenido ingreso en la misma Casa de Maternidad que ahora ha tenido tan pesados los rastros.

Pero hay más: llegado el caso apremiante, si la parturienta ó su caritativa amiga hubieran conocido los secretos de la mecánica benéfica, en lugar de encaminarse a la lojana caño de Embajadores, vivían en la calle de la Palma, hubieran elegido mejor rumbo, y encaminándose a la más próxima Casa de Socorro, hubieran salido de su cuidado, la parturienta

REPRESENTACIÓN DE CUBA EN MADRID

Fotografía hecha expresamente para el DIARIO UNIVERSAL por el Sr. Amador.



D. ARTURO ROS Y PÉREZ
Vice-consul agregado a la legación.

D. FRANCISCO PINA Y MARÍN
Secretario de legación.

D. RAFAEL MARÍA MERCHÁN
Ministro plenipotenciario.

D. NAPOLEÓN GÁLVEZ Y AYALÁ
Oficial agregado.

D. AGUSTÍN MERCHÁN
Hijo del Sr. Ministro.

sobre todo, sin perjuicio de ingresar después en otro establecimiento benéfico donde la estancia pudiera ser más prolongada.

Como se ve, la cosa no podía ser más sencilla, y, en fin de cuentas, resulta que el aboroto en la calle de Embajadores, en el que hubo gritos, quejidos, lamentos, increpaciones y casi puñaladas, fué cosa absolutamente innecesaria. Con que unos no hubieran conocido tanto sus clásicos, para un sereno el reglamento es a la vez Homero y Calderón, y otros les hubieran conocido un poco más, a estas horas no se sabría en Loches lo que una indiscreción periodística, menos caritativa aún que todos los porteros, serenos y directores que han intervenido en la tragedia, ha hecho conocer.

De lo cual se deduce que, no obstante los relatos, cartas, réplicas, rectificaciones y réplicas, aquí nadie ha cumplido con su deber; ni la parturienta, que confundió un asilo con la posada del Peine, a la que se llega a tiempo a cualquier hora; ni el portero, que tardó más de lo justo en despertar; ni el sereno, que sin ser tocólogo pudo intervenir en el acontecimiento; ni el director, que no dirigió cuando hacía falta, ni los periodistas que, puestos a nombrar innecesariamente, no han tenido siquiera un par de iniciales benéficas con que tapar el nombre de una desventurada.

A través del mundo

Un guardabarrera de un pueblecito situado entre Génova y Louna recibió hace pocos días extraordinaria emoción.

Al paso de un tren fué sorprendido por una lluvia de billetes de Banco.

Cuando se disponía ya a recogerlos, el expres que acababa de pasar, paró de repente, y un viajero bajó con precipitación, declarando al guardabarrera que los billetes se le volaron por la ventanilla en el momento que los contaba.

Encontráronse todos los billetes, y el viajero, que era un diplomático alemán, regaló cien francos al guardabarrera y se volvió a su tren.

El pobre empleado de la línea del ferrocarril conoció en un momento las emociones todas de la fortuna y las del desvanecimiento de las riquezas.

Cuarenta y ocho jóvenes casaderas del condado de Kokomo irán en breve a Rugby (Dakota del Norte) a casarse allí con hombres a quienes no han visto en su vida.

Mr. Walters escribió a un periódico del Condado que tenía en Rugby 500 hombres dispuestos a casarse si encontraban mujeres.

No tardó mucho en recibir un centenar de cartas de otras tantas del sexo débil, que se manifestaban dispuestas a rendirse en brazos de Himeno.

Si guisase a esto una activa correspondencia entre ellas y ellos... y poco tardarían en verificarse los matrimonios.

Desemamos a los contrayentes toda suerte de felicitades.

M. Guillot, oficial de la administración de Trabajos públicos, acaba de tener una idea tan singular como ingeniosa.

Pensó que, habiéndose reunido en el campo de Bontonia más de 100.000 veteranos de la República durante la época en que el primer consul preparaba la ejecución de su plan, sería fácil encontrar en aquel sitio algunos objetos pertenecientes a uniformes, en especial botones, tan fáciles de perder.

En efecto; el campo de Bontonia resultó una verdadera mina de curiosidades de este género.

La notable colección de botones que pudo hacerse, ha sido remitida al Museo de la Armada.

Los hay que datan de 1793, con el símbolo de la Libertad; otros de la infantería ligera, de los marinos consulares, de los marinos de la flota, etc.

Toda una historia grabada en botones.

La guitarra donde encontró Gounod las primeras inspiraciones de *Fausto*, acaba de ser enviada al bibliotecario de la Gran Opera de París, para enriquecer su colección histórica.

Gounod la había adquirida en la hostería del lago Nemi y la tenía en su casa de Montreux cuando fué saqueada durante la guerra.

Un golpe que recibió entonces rompió sus cuerdas y su caja, y siendo, por su suerte y por su desgracia, dos veces histórica, por derecho propio le pertenecía una plaza en esos museos que son como el hospital de inválidos de las cosas.

Un joven de Ferrara intentó suicidarse hace pocos días disparándose un tiro de revólver con

tre la sexta y séptima costilla del lado izquierdo, mas su propósito de que el golpe cetero hiriese el corazón y acabara con su vida, no tuvo apenas consecuencias graves.

Examinaron los médicos al herido, sometiendo a los rayos X, y cuál no sería su asombro al descubrir el proyectil, pero no encontrar el corazón por ninguna parte.

Por fortuna, se le ocurrió estudiar con el mayor detenimiento el fenómeno, y al fin pudieron enterarse de que el suicida tenía el corazón al otro lado.

ME PARECIÓ UN SUEÑO

INSTANTÁNEA

Desde la calle, como uno de tantos, con más implacables vislumbres quizás que uno de tantos, he sido testigo ayer tarde, a las seis, en la Puerta del Sol, de un hecho mecánico cualquiera, que tiene, sin embargo, la transcendencia total de un cambio de frente de la Historia: un caballero cubano, cuyo nombre, nimbado de prestigios en su país, tiene equivalencias de mérito en las letras y en el honor castellano, fué conducido a la Casa de la soberanía regia en un charolado y pintado y áureamente blasonado coche palatino, igual que el que usan las majestades coronadas en sus más fastuosas ceremonias. Y fué conducido con rumbo tal y donaire, para que, frente al Estado español, fuese consagrado el Estado cubano, y quedara el hijo inapelablemente desvinculado de la vieja madre que le dió el ser...

Sea bien venido entre nosotros el primer embajador de la República cubana. Pero, ¿verdad que podría un creerse transportado a las irrealidades fantásticas de un sueño, de un mal sueño, de una doliente pesadilla? ¿Cómo se puede ser miembros de la misma familia y pedazos de la misma carne y gotas de la misma sangre, si, todo eso y más, porque Cuba era una gran porción de nuestra alma, y siéndolo, dejar casi simultáneamente de serlo en un instante maldito de la Historia? ¿La odiosa ley del dolor que así rige a los pueblos como a los individuos?

El primer ministro de Cuba en España fué conducido a la morada regia al tenor de los estrictos compases marcados por el inconvertible protocolo. La multitud le saludó. Hacía frío, el cielo era gris, crepuscular la hora. Aquel minuto triunfal en la historia de las reivindicaciones antillanas, suscitaba en algunos espectadores rememoraciones concretas de lágrimas y de sangre. El recuerdo materializado y hecho vaho, pudo respirarse en aquella acera de la Puerta de Sol durante algunos minutos. Pero la Vida, la vida racional, que al espaciarse busca como los líquidos su nivel, recobró de pronto sus fueros, y una voz gritó viva Cuba!, a tiempo que el cielo comenzó a desbaratar los grupos de curiosos con una ligera lluvia...

A. SAWA.

REINAR DESPUÉS DE MORIR

UNA FRASE DE SILVELLA

«Hasta ahora la política y la literatura habían seguido distintos derroteros. Pero ya va habiendo analogías entre una y otra. La última nos la ofrece el nuevo Óbreu Liberal, donde se representó anoche la obra del teatro clásico *Reinar después de morir*».

Dijo estas palabras el Sr. Silvela hablando ayer tarde con varios periodistas, y se nos antoja que algunos de nuestros compañeros en la Prensa no los comprendieron bien, é juzgar por el atoneo que les dan y por los comentarios que los ponen.

En ellas no hay ataque a la política liberal, ni ofensa a la memoria de Sagasta, ni otra cosa que una muestra más del donaire é ingenio con que el Sr. Silvela suele tratar de todos los asuntos.

El jefe del Gobierno se refería al acuerdo del nuevo Óbreu de los liberales, por el cual ha sido nombrado presidente perpetuo D. Práxedes Mateo Sagasta. La comparación estaba hecha con exactitud y delicadeza.

Al Sr. Silvela, que está al frente de una comisión política, no ha de parecerle mal que el respeto y la fidelidad sobrevivan a los hombres de Estado en la memoria de aquellos que los tuvieron por caudillos y por guías.

¡POBRE MADRE!

Logroño 29 (6 t.).—Ha salido para Madrid, con objeto de impetrar de los altos Poderes perdón para su hijo el ex cura de Torre de Cazoras, D. Victoriano Valderrama, su antraxina madre doña Rosalía Ruiz Zorrilla, la cual tiene una esperanza de llegar a convencer a los que fueron amigos y propósitos del ilustre D. Manuel Ruiz Zorrilla, y que hoy ocupan brillantes posiciones. —Zorrilla.

Las buenas madres leerán al leer el telegrama de nuestro correspondiente en Logroño. La noticia es, sin comentarios, sin forma casta, basta por sí sola a herir profundamente el sentimiento humano.

Hoy habrá llegado a Madrid la triste anciana, enferma y achacosa, más que por las dolencias del cuerpo, por las tribulaciones del espíritu y por la intensa amargura de su alma dolida.

¿Qué viaje á través de los campos, sin más compañía que sus propias oraciones, sin otro apoyo que el de su fe, sin consuelo mayor que el de la esperanza en la piedad de los demás!

En las estaciones del tránsito habrá visto muchas madres acariando a sus hijos, como ella acariciarla al suyo de pequeño en los días tranquilos, sin miedo al porvenir, inculcándole máximas de bondad que no fueron aprendidas...

Y al llegar a Madrid, ¡cómo habrá latido su corazón generoso, puesto el pensamiento en el calvario que ha de recorrer, llorando, implorando, conmoviendo con el raudal de sus lágrimas!

A muchas puertas puede llamar la anciana sin ventura. Todas se le abrirán para dejar paso a su infortunio. Pero hay un lugar donde debe acudir con preferencia á ningún otro: el Palacio Real.

Dentro de aquellos muros severos; en los amplios salones donde tiene su asiento la más alta representación del Estado, encontrará la pobre madre del cura otra madre que ha sufrido y ha llorado: la Reina doña María Cristina. En ella debe poner su esperanza.

LECTURAS PARA LA MUJER

LOS SOMBREROS EN EL TEATRO

Perdonadme que insista, queridas lectoras, en un asunto de que ya me ocupé al daros cuenta de la determinación de M. Galliard que no permite llevar estos molestos adornos al teatro, y libre todo, perdonadme que en esta debida cuestión me ponga de parte de los caballeros.

La justicia de su causa obliga a darles la razón.

¿Qué diríais de ellos si se colocasen delante de vosotras con sus enormes sombreros de copa en la cabeza?

¿Y si hemos de ser justas, en ellos sería más disculpable.

Al descubrirse sienten la crudeza de la temperatura, de la que nos libra á nosotros la abundancia de la cabellera, y la sala de un teatro no presenta tan bello aspecto con las calvas cabezas de los pensadores, como el que le dan los rizados cabellos de las damas.

No tenemos que hacer más que colocarnos detrás de otras señoras, para convencernos de lo fundado de las quejas del sexo fuerte.

Ellos empiezan pidiendo con dulzura que dejemos de molestarnos, y su súplica debe ser atendida, evitando que nuestra falta de condescendencia apure su galantería.

Esto acaba de ocurrir recientemente en Italia. Los espectadores del teatro de La Duse, en Bolonia, furiosos de no poder ver la escena por los sombreros de las señoras, prorumpieron en una ruidosa manifestación, y las señoras presentes tuvieron que salir del teatro á dejar los sombreros.

Yo no me atrevo á tacharlos de poco galantes.

He visto algunos caballeros, al asistir al teatro, más preocupados pensando si tendrían algún sombrero de mujer delante, que en si les agradaría la representación.

Otras veces nuestros sombreros han sido ligeros, transparentes y por los huecos de las gasas y las flores hemos dejado ver la escena á los que estaban detrás de nosotros.

Hoy... ni eso. Los sombreros son compactos, macizos; las flores van unidas al terciopelo ó á la piel, y las dimensiones enormes les hacen asemejarse á espaldas de flores ó nidos de pájaros.

Si de una vez se decidieran todas las señoras á obrar con lógica y ser amables, verían cuánto ganaban en belleza con un bonito peinado de *voilà* en vez del incómodo sombrero.

En el teatro de la Comedia vi días pasados en las butacas muchas señoras y señoritas destacadas; entre ellas una preciosa rubia hija de un eminente literato, y una simpática y joven marquesa de las que más figuran en el gran mundo.

Sin embargo de lo que llevo dicho, no se me oculta que toda la culpa no es de las señoras; muchas conocen que gustarían de lucir sus hermosos cabellos y preferirían para su adorno un

lazo, un *esprit* ó una joya, mejor que el pesado sombrero.

¿Por qué no lo hacen? Porque al ir á ver una picecita al teatro van antes á una compra ó á una visita, para la que no pueden ir con la cabeza descubierta ó tocado *de soirée*, y porque las que no van en coche al teatro no gustan de pasar la calle sin sombrero.

La razón es atendible.

¿Por qué no ponen los empresarios guardarrópas gratis donde las espectadoras puedan dejar los sombreros y recogerlos al salir del teatro?

Entonces no tendrían excusa, pues el aparecer despeinadas al descubrirse lo evitarían con sombreros muy ligeros ó envolviendo sus cabezas en los rizados velos de encaje que tanto favorecen á todas las fisonomías.

Es preciso pensar no sólo en ser bellas, sino también en ser amables.

COLOMBINI

EN BUENA LÓGICA

La carta del Sr. Montero Ríos al conde de Romanones ha hecho vibrar de nuevo la actualidad política, un poco gastada por el exceso de prosa que le hemos dedicado los periódicos.

No hay que regatear importancia á la determinación del presidente del Senado; su personalidad prestigiosa, su larga historia y el puesto preeminente que ha ocupado en el partido fusionista, prestan singular relieve á todos sus actos. El que ha realizado ayer no nos sorprende; es una consecuencia, una derivación lógica de la actitud en que ha venido colocándose el respetable hombre público en estos últimos tiempos. Lo que no se explica tan fácilmente, es que alguno de los ex ministros, que parecen dispuestos á secundar y á seguir al Sr. Montero, tremolen ya en sus manos, con belicos é impacientes ardimientos y como enseña propia, la vieja bandera liberal que la muerte acaba de arrancar de las manos de Sagasta.

Dudamos y seguiremos dudando, hasta que explícitamente lo declare el Sr. Montero Ríos, que su carta significa lo que algunos amigos del presidente del Senado quieren dar á entender. Que el señor Montero Ríos, rindiendo tributo á sus convicciones, no se avenga á modificar el programa ó se sienta molesto porque algunos supongan que esa nueva Constitución no le hace falta al partido liberal, porque ya la tiene, son cosas que encontramos muy naturales y muy dignas de respeto, porque responden al fuero interno de la conciencia individual; que el Sr. Montero niegue su valioso concurso para los trabajos de reorganización emprendidos por el fusionismo, y se aleje de él ó se retraiga, hechos serán muy de lamentar por aquellos que sinceramente hemos trabajado por la unidad y la cohe-

sión de los hombres liberales y por todos los que conocen las relevantes dotes del Sr. Montero. Pero eso de que su respetable personalidad represente en lo sucesivo la continuación del organismo histórico que acudió Sagasta, nos parecería lógicamente inaceptable, dejando aparte lo prematuro de la declaración.

Explicaremos ahora con la mayor sobriedad y claridad posibles, la razón de que no nos parezca lógico que el Sr. Montero Ríos se considere guardador de la ortodoxia fusionista, señalando á los demás como disidentes.

En momentos muy críticos, cuando mayores eran las dificultades con que luchaba Sagasta, Montero Ríos, sacrificando sin duda al convencimiento los afectos del corazón y las consideraciones al jefe, asedió al partido liberal uno de los más crueles golpes que ha recibido, declarando que para llegar á puerto de salvación era necesario, indispensable, cambiar por completo el rumbo que se seguía. Hubo periódico que, expresando con desusada crudeza el pensamiento del Sr. Montero, le atribuyó estas palabras, sin precedentes tratándose de una personalidad que ocupaba el más alto sitial de la representación parlamentaria: «Hay que hacer lo contrario de lo que se viene haciendo».

No cabe, no se concibe una desautorización más rotunda; no hay disidencia, por muy agrios que hayan sido sus humores, que se haya manifestado con rudeza semejante y con tan acerbo laconismo. Sagasta debió sentir al escuchar á su ilustre amigo verdadero asombro. Aquella frase le hirió, seguramente, mucho más que todos los ataques, todas las ingratitudes, todas las desconsideraciones personales que acibararon los últimos días de su ancianidad animosa y batalladora. Y sucedió, seguramente, que el caudillo liberal, calculando con certero golpe de vista el efecto desastroso que las palabras del Sr. Montero Ríos iban á causar en la opinión, y quizá en las fuerzas que dirigía, trató de realizar un supremo esfuerzo de concordia encomendando á su ilustre correligionario una fórmula, una concreción de ideas, algo que no tuvo nunca más valor que el de una noble aspiración de mantener á todo trance, en aquellas horas de desaliento, la unidad del partido.

La muerte de Sagasta torció el verdadero significado del encargo. Luego se ha pretendido hacer de ese encargo una especie de testamento político del jefe, y véase por donde resultaría, de ser admisible la idea de que el respetable presidente representa y encarna hoy la prolongación del fusionismo, que el Sr. Montero Ríos, que no estaba conforme en nada con Sagasta, es el fiel guardador de su memoria, de su política y de su voluntad.—No; seguramente el Sr. Montero Ríos ni ha dicho ni ha pensado tal cosa. El, tan dialéctico, tan razonador, tan acostumbrado á la estrecha disciplina de las inteligencias equilibradas, no puede admitir contradicción tan evidente, lanzada sin duda á los cuatro vientos por la impaciencia ofensiva de alguno de sus amigos políticos.

No somos los periódicos los que hemos de definir ó señalar cuál es el dogma puro de los liberales y quién lo representa y mantiene. Pero sería más lógico hallar la representación, buena ó mediana, completa ó insuficiente, del antiguo fusionismo, entre aquellos que afirman la existencia de un programa fundamental y que piden al tiempo, á la opinión, al régimen parlamentario, el jefe que falta y la orientación definitiva.

EN LA HABANA

EL MONUMENTO A CASTELAR

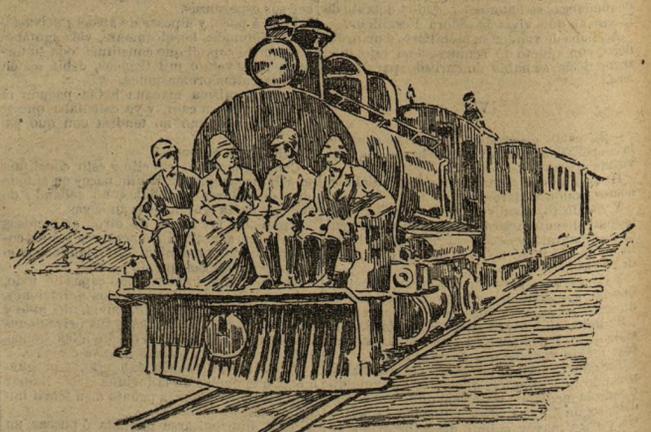
En el Consulado general de España, en la Habana, y bajo la presidencia del encargado de Negocios, Sr. Torroja, se han reunido los presidentes del Casino Español y de las Sociedades regionales y los directores de los periódicos españoles.

Tratóse de secundar la suscripción abierta aquí con objeto de erigir un monumento á Castelar.

Explicado el objeto de la reunión por el Sr. Torroja y después de haber dado cuenta de algunos trabajos preparatorios realizados por el director del *Diario de la Marina* á fin de facilitar el propósito que se trataba de llevar á cabo, se acordó constituir una delegación de la Junta Central de Madrid, compuesta de los presidentes del Casino Español, de las Sociedades regionales y de los directores de los periódicos españoles, bajo la presidencia del señor representante de España, siendo vicepresidente el presidente del Casino Español y secretario el director del citado periódico, por ser el decano de la Prensa.

La Comisión referida se ocupará en todo lo que juzgue necesario, á fin de que á principios del mes de Marzo próximo pueda inaugurarse la suscripción con todas las garantías de éxito posibles.

CHAMBERLAIN EN EL TRANSVAAL



En esta forma viaja el ministro de las Colonias por los nuevos territorios anexionados á la Corona de Inglaterra. El asiento no es muy cómodo, pero no puede negarse las buenas vistas. El grupo que reproducimos Chamberlain ocupa el segundo lugar, comenzando á contar por la izquierda.

